

RECKLESS
Carne de piedra

CORNELIA FUNKE

Historia hallada y narrada por
Cornelia Funke y Lionel Wigram

Ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
María Falcón Quintana

Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Reckless. Steinernes Fleisch*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Cornelia Funke y Lionel Wigram, 2010

© De la traducción, María Falcón Quintana

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

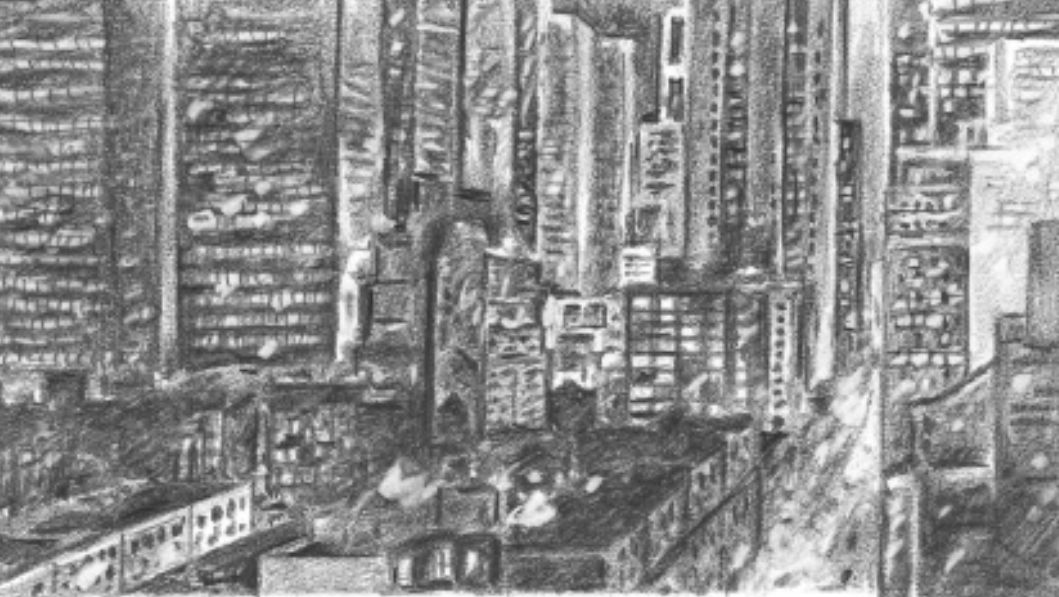
Fax: + 34 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-453-0

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados



1

ÉRASE UNA VEZ

La noche respiraba en la casa como un oscuro animal. El tictac de un reloj. El crujido de la tarima al salir de la habitación..., todo se ahogaba en su silencio. Pero Jacob amaba la noche. Sentía su oscuridad como una promesa sobre la piel. Como un abrigo tejido de libertad y peligro.

Fuera, las deslumbrantes luces de la ciudad hacían palidecer las estrellas; y la amplia vivienda se ahogaba con la tristeza de su madre. Ella no se despertó cuando entró en su habitación y abrió el cajón de la mesilla. La llave estaba justo al lado de las pastillas para dormir. El frío metal se adaptó a la mano de Jacob cuando éste salió de nuevo al oscuro pasillo.

En la habitación de su hermano, como de costumbre, seguía encendida la luz —Will tenía miedo a la oscuridad—, y Jacob comprobó que dormía profundamente antes de



abrir el despacho de su padre. Su madre no lo había pisado desde su desaparición, aunque no era la primera vez que Jacob se colaba en él buscando las respuestas que ella no quería darle.

Era como si John Reckless hubiera estado sentado por última vez a su escritorio tan sólo una hora antes y no un año atrás. De la silla colgaba la chaqueta de punto que acostumbraba llevar, y una bolsita de té usada se resecaba sobre un plato junto al calendario, que indicaba las semanas de un año pasado.

¡Vuelve!, escribió Jacob con el dedo en las ventanas empañadas, en el escritorio polvoriento y en los cristales de la vitrina donde seguían guardadas las viejas pistolas que su padre había coleccionado.

Pero la habitación estaba en silencio y vacía. Él tenía doce años y ya no tenía padre. Jacob dio una patada a los cajones que había registrado en vano durante tantas noches, tiró libros y revistas de las estanterías con una rabia muda y derribó las maquetas de aviones que colgaban sobre el escritorio, avergonzado por el orgullo que había sentido cuando le dejaron pintar una de ellas con laca de color rojo.

¡Vuelve!, quería gritar por las calles que, siete pisos más abajo, abrían veredas de luces entre los bloques de edificios, y en las mil ventanas que estampaban cuadrados luminosos en la noche.

Una hoja de papel se cayó de un libro sobre reactores y Jacob la recogió sólo porque creyó reconocer en ella la letra de su padre. Sin embargo, rápidamente se percató del error. Símbolos y ecuaciones, el boceto de un pavo real, un sol, dos lunas. Nada de aquello tenía sentido. Salvo una frase que encontró al dorso de la hoja:

EL ESPEJO SÓLO SE ABRE PARA EL QUE NO SE VE A SÍ MISMO.

Jacob se volvió, y su propio reflejo le devolvió su mirada.

El espejo. Aún recordaba el día en que su padre lo había colgado. Como un ojo reluciente, pendía entre las estanterías de libros. Un abismo de cristal en el que, deformado, se reflejaba todo lo que John Reckless había dejado atrás: su escritorio, las viejas pistolas, sus libros... y su hijo mayor.

El cristal era tan irregular que uno apenas se reconocía en él,

y era más oscuro que el de otros espejos, pero los rosales trepadores que serpenteaban sobre el marco de plata eran tan reales que parecían estar a punto de marchitarse en un instante.

EL ESPEJO SÓLO SE ABRE PARA EL QUE NO SE VE A SÍ MISMO.

Jacob cerró los ojos.

Se volvió de espaldas al espejo.

Detrás del marco buscó a tientas algún cerrojo o pestillo.

Nada.

Clavó una y otra vez los ojos en su propio reflejo.

Pasó un buen rato antes de que comprendiera.

Su mano no era lo suficientemente grande como para cubrir la imagen deformada de su rostro, pero el cristal se adaptó a sus dedos como si los hubiera estado esperando, y de pronto, el cuarto que vio a sus espaldas en el espejo ya no era la habitación de su padre.

Se dio la vuelta.

A través de dos ventanas estrechas, la luz de la luna caía sobre los muros grises y sus pies descalzos pisaban una tarima cubierta de cáscaras de bellota y huesos roídos de pájaro. El cuarto era más grande que el despacho de su padre, y Jacob vio sobre él telarañas que colgaban como una gasa de las vigas del techo.

¿Dónde estaba? La luz de la luna le pintó manchas en la piel cuando se acercó a una de las ventanas. En la rugosa moldura se habían quedado pegadas las plumas ensangrentadas de un pájaro, y mucho más abajo, contempló muros quemados y colinas oscuras en las que unas luces perdidas titilaban. Estaba en una torre.

El mar de casas y las calles iluminadas habían desaparecido. Todo lo que conocía se había esfumado, y entre las estrellas había dos lunas, de las cuales la pequeña, de color rojo, parecía una moneda oxidada.

Al volverse hacia el espejo descubrió el miedo en su propio rostro, una sensación que le había atraído siempre. Lo tentaba hacia lugares oscuros, a través de puertas prohibidas y lejos de sí mismo. Incluso la nostalgia por su padre se ahogaba en él.

En los muros grises no había ninguna puerta, únicamente una trampilla en el suelo. Al abrirla, Jacob observó los restos de una escalera quemada que desaparecía en la oscuridad, y por un

instante creyó ver debajo de él a un hombrecillo encaramándose a las piedras. Pero un ruido lo hizo volverse.

Sobre él cayeron telarañas y algo saltó a su nuca emitiendo un gruñido áspero. Sonaba como un animal, pero el rostro desfigurado que enseñaba los dientes intentando morderle el cuello estaba tan pálido y arrugado como el de un viejo. Era mucho más pequeño que Jacob y flaco como un saltamontes. Su ropa parecía hecha de telarañas, el cabello gris le llegaba hasta la cintura, y cuando Jacob lo agarró por el fino cuello, los dientes amarillos se enterraron profundamente en su mano. Lanzando un grito, sacudió de sus hombros al agresor y se fue, tambaleándose, hacia el espejo. El zancudo saltarín volvió a levantarse y lo embistió mientras se relamía la sangre de Jacob, pero antes de que lo pudiera alcanzar, Jacob apretó la mano sana contra su rostro asustado. La enjuta figura desapareció, al igual que los muros grises, y a sus espaldas volvió a ver el escritorio de su padre.

—¿Jacob?

La voz de su hermano apenas se distinguía entre los latidos de su corazón. Jacob respiró con dificultad y se apartó del espejo.

—Jake, ¿estás ahí dentro?

Se cubrió la mano mordida con la manga y abrió la puerta.

Los ojos de Will, fuera de sus órbitas, reflejaban miedo. Había vuelto a tener malos sueños. El hermano pequeño. Seguía a Jacob como un cachorrillo y él protegía a Will en el patio del colegio y en el parque. Y a veces le perdonaba, incluso, que su madre lo quisiera más.

—Mamá dice que no debemos entrar en este cuarto.

—¿Desde cuándo hago lo que dice mamá? Si te chivas no volveré a llevarte al parque.

Jacob creyó sentir el cristal del espejo, frío como el hielo, en la nuca. Will fisgoneó discretamente, pero bajó la cabeza cuando Jacob cerró la puerta tras de sí. Si Jacob era imprudente, Will era cauto; si él, colérico, Will, tierno; si él era infatigable, Will era tranquilo. Al darle la mano a Jacob, Will advirtió la sangre en sus dedos y lo miró interrogante. Sin decir nada, Jacob lo llevó de vuelta a su habitación.

Lo que el espejo le había mostrado le pertenecía a él. Sólo a él.

DOCE AÑOS DESPUÉS

Aunque el sol ya había descendido sobre los muros de la ruina, Will seguía durmiendo, agotado por los dolores que lo sacudían desde hacía días.

Jacob se incorporó y tapó a Will con su abrigo.

Un error, Jacob, después de tantos años de precaución.

Tantos años en los que había hecho del otro mundo el suyo propio. Tantos años en los que el extraño mundo se había convertido en su hogar... Se habían quedado atrás. Ya con quince, desapareció durante semanas tras el espejo. Con dieciséis, dejó de contar los meses, y sin embargo siguió guardando su secreto. Hasta que un buen día las prisas le jugaron una mala pasada. *Basta ya, Jacob. Ya no hay nada que hacer.*

Las heridas del cuello de su hermano habían sanado, pero en el antebrazo izquierdo ya asomaba la piedra. Las venas, de un color verde pálido, descendían hasta la mano y relucían en la piel de Will como mármol pulido.

Un simple error.

Jacob se apoyó sobre una de las columnas tiznadas y alzó la mirada hacia la torre donde estaba el espejo. No lo había atravesado nunca sin asegurarse de que Will y su madre dormían. Pero desde la muerte de ella, al otro lado no existía sino una habitación vacía más y no había podido esperar a presionar de nuevo la mano sobre el oscuro cristal e irse lejos. Muy lejos. *Impaciencia, Jacob. Llámalo por su nombre. Una de tus características más peculiares.*

Aún recordaba el momento en el que el rostro de Will apareció en el espejo detrás de él, desfigurado por el cristal oscuro. *¿Adónde vas, Jacob?* Un vuelo nocturno a Boston, un viaje a Europa..., le había dado muchas excusas a lo largo de los años. Jacob era un mentiroso tan ocurrente como lo había sido su padre. Pero esta vez su mano había presionado ya el frío cristal y, por supuesto, Will lo siguió.

El hermano pequeño.

—Ya huele como ellos.

Zorro se apartó de las sombras que proyectaban los muros derruidos. Su pelaje era de un color tan rojo que parecía pintado por el otoño, y en las patas traseras aún se apreciaban las cicatrices que le había dejado la trampa. Cinco años habían transcurrido desde que Jacob la liberara, y desde entonces la zorra no se había apartado de su lado. Custodiaba su sueño, lo prevenía de peligros que los mermados sentidos humanos no percibían y le daba consejos que era mejor seguir.

Un error.

Jacob atravesó el arco del portal, de cuyas bisagras torcidas seguían colgando los restos carbonizados de la puerta del castillo. En la escalera que había delante, un duende recogía bellotas de los escalones rotos. Echó a correr precipitadamente cuando la sombra de Jacob lo alcanzó. La ruina estaba plagada de ellos: tenían la nariz respingona y los ojos rojos, y andaban enfundados en pantalones y camisas que habían confeccionado con ropas humanas robadas.

—¡Mándalo de vuelta! ¿No hemos venido a eso?

La impaciencia en la voz de Zorro era evidente.

Pero Jacob sacudió la cabeza:

—No tendríamos que haberlo traído aquí. Al otro lado no hay nada que pueda ayudarlo.

Jacob había hablado a Zorro del mundo del que provenía, aunque en el fondo ella no quería ni oír hablar de él. Le bastaba con lo que sabía: que era el lugar en el que Jacob desaparecía con demasiada frecuencia y del que regresaba con recuerdos que lo perseguían como sombras.

—¿Y? ¿Qué crees que será de él aquí?

Zorro no lo dijo, pero Jacob sabía lo que estaba pensando. En ese mundo los hombres asesinaban a sus propios hijos tan pronto les descubrían la piedra en la piel.

Su mirada cayó sobre los tejados rojos que, al pie de la colina del castillo, se desvanecían en el crepúsculo. En Schwanstein resplandecían las primeras luces. De lejos, la ciudad semejaba una de esas imágenes que se estampan en las latas de galletas, a pesar de que desde hacía unos años las vías del ferrocarril recorrían las

colinas a su espalda y el humo gris de las chimeneas de las fábricas ascendía hasta el cielo crepuscular. El mundo al otro lado del espejo deseaba hacerse mayor. Pero la carne de piedra que le crecía a su hermano no la habían sembrado los telares mecánicos ni otros progresos modernos, sino la vieja magia, que hacía estragos en sus colinas y bosques.

Un cuervo de oro aterrizó en los baldosines rotos. Jacob lo espantó antes de que le pudiera graznar a Will una de sus tenebrosas maldiciones.

Su hermano gimió en sueños. La piel humana oponía resistencia a la piedra y Jacob sentía el dolor como si fuera suyo. Sólo por amor a su hermano había regresado una y otra vez al otro mundo, aun cuando sus visitas se hubieran ido espaciando año tras año, mientras su madre lloraba y lo amenazaba con avisar a la asistencia social sin sospechar adónde iba; pero Will, rodeándole el cuello con sus brazos, le preguntaba qué le había traído. Zapatos de duendes, un gorro de pulgarcito, un botón de elfo de cristal, un trozo de piel escamada de un señor de las aguas... Will guardaba los pequeños regalos de Jacob debajo de la cama, y pronto dio por hecho que las historias que Jacob le contaba eran cuentos inventados sólo para él.

Ahora sabía que todas eran reales.

Jacob le cubrió con el abrigo el brazo deformado. En el cielo ya podían verse las dos lunas.

—Cuida de él, Zorro —dijo levantándose—. Regresaré pronto.

—¿Adónde vas? ¡Jacob! —la zorra le cerró el paso—. ¡Nadie puede ayudarlo!

—Ya veremos —respondió apartándola—. Ocúpate de que Will no suba a la torre.

Ella le siguió con la mirada cuando descendió la escalera. Las únicas huellas de botas que había en los escalones cubiertos de moho eran las suyas. Ni un alma subía hasta allí. La ruina se consideraba maldita y Jacob había escuchado docenas de historias sobre su hundimiento. Pero después de todos esos años aún seguía sin saber quién había dejado el espejo en la torre. Y tampoco había descubierto dónde había desaparecido su padre.

Un pulgarcito le saltó al cuello de la camisa. Jacob logró

atraparlo antes de que le arrancara el medallón que llevaba colgado del cuello. Cualquiera otro día habría perseguido en el acto al ladronzuelo. Los pulgarcitos atesoraban riquezas en los árboles huecos en los que vivían. Pero ya había perdido demasiado tiempo.

Un error, Jacob.

Conseguiría enmendarlo. Pero las palabras de Zorro no lo abandonaron mientras descendía la inclinada cuesta.

Nadie puede ayudarlo.

Si Zorro estaba en lo cierto, pronto se quedaría sin hermano. En este y el otro mundo.

Un error.

LOS GOYL

El campo sobre el que Hentzau cabalgaba con sus soldados seguía oliendo a sangre. La lluvia había inundado las trincheras de lodo, y detrás de los muros, que las dos partes habían levantado para su defensa, el suelo estaba cubierto de fusiles sin dueño y yelmos impactados. Kami'en había hecho quemar los cuerpos de caballos y humanos antes de que comenzaran a descomponerse, pero los goyl caídos aún yacían donde habían muerto. En pocos días ya no se diferenciarían de las piedras que se alzaban sobre la tierra pisoteada, y las cabezas de aquellos que habían luchado en primera línea, como era costumbre entre los goyl, habían sido llevadas a la fortaleza principal.

Una batalla más. Hentzau estaba harto de ellas, pero, con suerte, aquélla sería la última por un tiempo. La emperatriz estaba por fin preparada para negociar, y el propio Kami'en deseaba la paz. Hentzau apretó su mano sobre el rostro cuando el viento arrastró las cenizas desde las colinas donde habían quemado los cuerpos. Seis años sobre la tierra, seis años sin la piedra protectora entre él y el sol. Los ojos le dolían a causa de tanta luz; y el aire, cada vez más frío, volvía su piel áspera como una creta. La piel de Hentzau parecía un jaspé de color marrón. No era el mejor color que un goyl podía lucir. Era el primer goyl jaspé que había ascendido al rango militar más elevado, si bien los goyl tampoco habían tenido nunca un rey antes de Kami'en; y a Hentzau le gustaba su piel. El jaspé proporcionaba un camuflaje considerablemente mejor que el ónix o la piedra de luna.

Kami'en se había alojado cerca del campo de batalla, en el pabellón de caza de un general imperial que, como la mayoría de sus oficiales, había caído. Los centinelas que custodiaban la puerta destruida ejecutaron un saludo militar cuando Hentzau se les acercó montado a caballo. El perro de presa del rey. Así le llamaban. Su sombra jaspé. Hentzau servía a Kami'en desde que habían luchado juntos contra los otros cabecillas. Habían

tardado dos años en matarlos a todos, y los goyl, en tener un rey por primera vez.

El camino que conducía de la puerta al pabellón estaba bordeado de estatuas de mármol blanco, y mientras Hentzau cabalgaba de largo junto a ellas se burló, no por vez primera, de que los humanos inmortalizasen a sus dioses y héroes con imágenes de piedra y en cambio detestaran a los goyl por su piel. Los propios pieles blandas tenían que admitirlo. La piedra era lo único que permanecía.

Las ventanas del pabellón estaban tapiadas, como todas las de los edificios que los goyl ocupaban, pero Hentzau únicamente sintió la agradable oscuridad que había bajo tierra en la escalera que llevaba a la despensa. Sólo unas pocas lámparas de gas iluminaban las bóvedas que, en lugar de provisiones y trofeos de caza polvorientos, alojaban ahora al estado mayor general del rey de los goyl.

Kami'en. Su nombre no significaba otra cosa que «piedra» en su lengua. Su padre había capitaneado una de las ciudades más profundas, pero los padres no tenían demasiada importancia entre ellos. Las madres los criaban, y con nueve años, un goyl se hacía mayor y dependía de sí mismo. La mayoría exploraba luego el mundo de abajo en busca de cuevas por descubrir, hasta que el calor se volvía insoportable incluso para la piel de piedra. Sin embargo, a Kami'en tan sólo le había interesado el mundo de arriba. Había vivido durante largo tiempo en una de las ciudades cueva, que habían construido sobre la superficie porque las ciudades que había más abajo estaban demasiado abarrotadas, y allí había sobrevivido a dos ataques humanos. Desde ese momento había comenzado a estudiar las armas y las estrategias de guerra de los humanos, y había entrado a hurtadillas en sus ciudades y campamentos militares. Con diecinueve años había conquistado su primera ciudad.

Cuando los guardias le hicieron a Hentzau señas para que entrara, Kami'en estaba frente al mapa que mostraba sus conquistas y las posiciones de sus enemigos. Las figuras, que personificaban sus tropas, las había mandado hacer después de su primera victoria. Soldados, artilleros, tiradores de precisión, figuras de jinetes para la caballería. Los goyl eran de cornalina, los imperiales de

plata, los lorena llevaban oro, los ejércitos del este, cobre, y las tropas de Albión marchaban en marfil. La mirada de Kami'en caía sobre ellas como si buscara un camino para derrotar a todos a la vez. Como siempre que se quitaba el uniforme, vestía de negro, y su piel roja parecía, más que nunca, estar hecha de fuego. Nunca antes la cornalina había sido el color de piel de un cabecilla. Entre los goyl, el ónix era el color de los príncipes.

Su amada, como siempre, vestía de verde, con capas de terciopelo color esmeralda que la envolvían como los pétalos de una flor. Incluso la mujer goyl más hermosa palidecía a su lado como un guijarro junto a una piedra de luna pulida, y Hentzau prohibía continuamente a sus soldados mirarla. No en vano existían muchas historias sobre hadas que, con una mirada, convertían a los hombres en cardos o en peces que se agitaban desvalidos. Su belleza era veneno de araña. El agua las había alumbrado a ella y a sus hermanas, y Hentzau la temía tanto como a los mares, que erosionaban las piedras del mundo.

El hada no le lanzó más que una mirada rápida cuando entró. El Hada Oscura. Sus propias hermanas la habían rechazado. Se decía que podía leer los pensamientos, pero Hentzau no lo creía. Lo habría matado hacía tiempo por todo lo que pensaba de ella.

Le volvió la espalda e inclinó la cabeza ante el rey.

—Me habéis hecho llamar.

Kami'en cogió una de las figuras de plata y la sopesó en la mano.

—Tienes que encontrarme a alguien. Un humano al que le crece carne de piedra.

Hentzau lanzó una mirada fugaz al hada.

—¿Y dónde lo voy a buscar? —respondió—. Ahora hay miles.

Los goyl humanos. En otro tiempo, Hentzau había utilizado sus propias zarpas para matar, pero la magia de las hadas les sembraba ahora carne de piedra. Como todas las hadas, no podía alumbrar hijos, de modo que le dio hijos a Kami'en haciendo que cada zarpazo de sus soldados convirtiera en goyl a uno de sus enemigos. Nadie luchaba con menos compasión contra sus antiguos iguales que un goyl humano, pero Hentzau los detestaba tanto como al hada, cuya magia los había creado.

En la boca de Kami'en se había enmascarado una sonrisa. No. El hada no podía leer los pensamientos de Hentzau, pero su rey sí.

—No te preocupes. El que me tienes que encontrar se diferencia fácilmente de los demás.

Kami'en volvió a colocar la figura de plata en el mapa.

—La piel que le crece es de jade.

Los guardias intercambiaron una mirada fugaz, pero Hentzau sólo hizo una mueca de incredulidad. Los hombres de lava que hervían la sangre de la tierra, el pájaro sin ojos que lo veía todo... y el goyl de piel de jade que convertía en invencible al rey al que servía... Historias para niños, para llenar de imágenes la oscuridad que imperaba bajo tierra.

—¿Qué explorador os lo ha contado?

Hentzau se pasó la mano sobre la piel dolorosa. El frío pronto la resquebrajaría más que un cristal astillado.

—Haced que lo fusilen. El goyl de jade es sólo un cuento. ¿Desde cuándo confundís las leyendas con la realidad?

Los guardias bajaron nerviosos las cabezas. A cualquier otro goyl estas palabras le habrían costado la vida, pero Kami'en sólo se encogió de hombros.

—¡Encuétralo! —dijo—. Ella ha soñado con él.

Ella. El hada pasó la mano sobre el terciopelo de su vestido. Seis dedos en cada mano. Cada cual para una magia distinta. Hentzau sintió despertar la ira en él, la ira que todos anidaban en su carne de piedra, como el calor en el seno de la tierra. Moriría por su rey de ser necesario, pero tener que buscar a causa de los ensueños de su amada era distinto.

—¡No necesitáis ningún goyl de jade para ser invencible!

Kami'en lo examinó como a un extraño.

Su majestad. Cada vez más a menudo, Hentzau se sorprendía a sí mismo evitando llamarlo por su nombre.

—Encuétralo —repitió Kami'en—. Ella dice que es importante y hasta ahora siempre ha tenido razón.

El hada dio un paso hacia él y Hentzau se imaginó estrangulándole el pálido cuello. Pero ni siquiera eso lo consolaba. Ella era inmortal y algún día lo vería morir. A él y al rey. Y a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Todos eran su juguete, su juguete mortal de

piedra. Pero Kami'en la amaba más que a sus otras dos mujeres goyl, que le habían dado tres hijas y un hijo.

¡Porque lo ha hechizado!, susurró una voz en el interior de Hentzau. Sin embargo, inclinó la cabeza y apoyó el puño en el corazón.

–Lo que ordenéis.

–Lo he visto en el Bosque Negro.

Incluso su voz sonaba como el agua.

–¡Mide cien kilómetros cuadrados!

El hada sonrió, y Hentzau sintió que el odio y el temor le ahogaban el corazón.

Sin decir nada más, ella se quitó las horquillas de perlas con las que se recogía el cabello como una mujer humana y metió la mano en él. Negras polillas salieron revoloteando entre sus dedos, las manchas pálidas de sus alas parecían calaveras. Los guardias abrieron precipitadamente las puertas cuando el enjambre se les aproximó, y los soldados de Hentzau, que aguardaban fuera en el oscuro pasillo, también retrocedieron cuando las polillas pasaron volando junto a ellos. Todos sabían que sus picaduras penetraban incluso la piel de goyl.

El hada se volvió a colocar las horquillas en el cabello.

–Una vez que lo encuentren –dijo sin mirar a Hentzau–, irán a ti. Y tú me lo traerás de inmediato.

Sus hombres la miraban fijamente a través de la puerta abierta, pero agacharon con brusquedad la cabeza cuando Hentzau se volvió.

El hada.

Malditas fueran ella y la noche en que había aparecido de pronto entre sus tiendas de campaña. La tercera batalla, la tercera victoria. Y ella se había dirigido a la tienda del rey como si los gemidos de los heridos y la luna blanca que se posaba sobre los muertos la hubieran alumbrado. Hentzau le había cerrado el paso, pero ella simplemente lo había atravesado como el agua a una piedra porosa, como si él también formara ya parte de los muertos, y le había robado el corazón al rey para llenar su propio pecho sin corazón.

El propio Hentzau debía admitir que las mejores armas no

causaban ni la mitad del miedo que su maleficio, que transformaba la carne blanda de sus enemigos en piedra. Pero estaba convencido de que habrían ganado la guerra sin ella y de que la victoria habría sabido mucho mejor.

—Encontraré al goyl de jade sin vuestras polillas —dijo—. Si realmente no es más que un sueño.

Ella le respondió con una sonrisa. Ésta lo siguió hasta arriba, hasta la luz del día, que le nublaba los ojos y le agrietaba la piel. Maldita fuera.

